Echagüe (Pedro)

Padre, hermano y tío padre

2.

San Juan (R. A.)
1872

Reinaldo A. Ocampo

PADRE HERMANO,

Y

TIO PADRE.

COMEDIA EN TRES ACTOS ORIGINAL

DE

PEDRO ECHAGÜE.

SAN JUAN.

IMPRENTA DE "EL IMPARCIAL."

1872.

Estrenada en S. Juan el Jueves 20 de Novre /73.

Actores. Reparto.

PERSONAJES.

...uan Cortés — TEODORO LAURENTI.

...berto Aranda — PEDRO CABOT.

...é Gutiérrez — D. DIEGO DE LA PLANTILLA.

...é Alcántara — LUIS LAURENTI (Bajo el nombre de ERNESTO ERNESTO.

Gabriela — AURORA.

Cármen — CAROLINA.

Sra. Molinary — UN CRIADO.

La accion pasa en Buenos Aires en casa de Aurora en el año de 1862.

ADVERTENCIA.

Además de la fé de erratas colocada al término de esta comedia, se previene haber en su impresion tres faltas mas muy notables: van en seguida.

En la pájina 20 línea 27 donde dice Don Diego: *Pues habeis de saber buena amiga que tenemos al joven romancista.*---Debe leerse—*Pues habeis de saber buena amiga que tenemos entre nosotros al jòven romancista.*

En la página 43 linea ante penultima, dice Don Diego:—*no podră menos*

Debe leerse---*no podria menos.* Este error hiere la convinacion del argumento.

En la página 36 línea 2, es Don Pedro quien dice-- *Tu hermano!*

DEDICADA

A la inteligente artista Sra. Doña Gabriela Romeral de Ocampo.

Si pacificada un dia vuestra hermosa patria, os place dejar la América para ir á respirar de nuevo los aires de aquel suelo en que vinisteis á la vida; no olvideis, señora, que un argentino os dedicó esta débil obra, sin mas aspiracion que la de qué vuestros talentos suplan el mérito de que carece, alzándola á la escena de los teatros españoles.

Vuestro admirador y amigo

Pedro Echagüe.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un gabinete ricamente amueblado. Aparece un criado sacudiendo las sillas. Suena una campanilla en lo interior.

ESCENA I.

CRIADO.—Han llamado............ Tan temprano, quien podrá ser......? (*Se asoma hâcia la derecha.*) Ah, el bueno de D. Diego; el filósofo, como él se dice y para quien *todo es lo mismo*—Y viene acompañado de su señora......(*Alzando la voz*) Adelante!......adelante!...(*Baja à la escena*) Pues me alegro de que mas bien ellos sean; son las personas mas de confianzaen la casa, el dia va á ser de quehaceres y movimiento, y á un comerciante quebrado que solo cuenta como fondo en reserva con su señora en cinta, no le estará de mas ser por ahora muy comedido.

ESCENA II.

CRIADO, D. DIEGO Y Da. CAROLINA.—(*Esta trae un hermoso ramo de flores; D. Diego otro compuesto en su totalidad de cedron y amapolas.*)

DIEGO.—Buen dia, Juan.

CRIADO.—Buen dia, Señor,

CAROLINA.—Y Aurora?

CRIADO.—Tendreis que esperar, señora, algunos momentos antes de verla; está un poco ocupada.

DIEGO.—Ya;......ya......En sus primeros arreglos de la mañana?......Esperaremos: verla ya, ó verla mas tarde, para mi es lo mismo.

CRIADO.—Pues entonces, con vuestro permiso............ (*Hace una cortecia y se vă*).

ESCENA III.

CAROLINA Y DIEGO.

CAROLINA.—Madrugar...... Recorrer en carruaje los jardines y a pié los mercados para reunir al fin solo las flores que contiene este ramo......?—Vamos, no estoy contenta; para una novia tan elegante, amable y hermosa como Aurora, poco hubiera sido en mi ambicion tapizar este suelo con las primeras flores del mundo.

DIEGO.—Es que desgraciadamente nos hallamos en la estacion en que menos se luce Flora, y yo, por lo menos, estoy muy contento con las mias.—Estas, por lo que esplican, ú otras por lo que valgan, para mi son lo mismo.

CAROLINA.—Ocurrencia semejante!...... ¿Aquien se le ocurre regalar un manojo de cedron y amapolas?—Y esto, en vísperas de......... y a quien Dios mio? á la mujer mas discreta y entendida!

DIEGO.—Pues por lo mismo: mujer tan discreta ha de comprender perfectamente que el próximo estado á que por segunda vez vá á pertenecer, un ramillete de adormideras es el presente que mejor le cuadra, si al fin en los primeros dias no ha de abandonar muy pronto el lecho nupcial.

CAROLINA.—Y á ti quien te encarga de imponer esos recuerdos?

DIEGO.—Mi propio gusto arreglado á cálculo.—Tu harás presente tus flores significando con ellas que aplaudes la nueva colocacion de la viudita en nuestro gremio, y yo presentaré mis amapolas por que la viudita conprenda mi deseo de que la dé Morfeo en su segundo matrimonio un apetito por su lecho, tan grande, como el que asistió á Epimenidis al dormirse en una cueva.

CAROLINA.—Quieres decir le deseas muerte de sueño?

DIEGO.—No Carolina, quiero decir que le deseo largo descanso para que mas se solace en contacto con su nuevo dueño; lo que por otra parte significa encaminarme por distinto rumbo al propio objeto que tú; á felicitarle: tú por que se casa, yo por que disfrute con mas teson del hombre con quien va á casarse. Con que ya ves que la cosa para el caso es lo mismo.

CAROLINA.—No tienes necesidad de rodeos para arribar â semejante conclusion; para tí todo es igual.

DIEGO.—Salvas algunas escepciones, Carolina: por ejemplo; para mi no es lo mismo quedar saboreando solo la mitad de esta interesante obrita, que dejar de leer otras despues de haber ocupado mi imajinacion en algunas de sus pájinas.

CAROLINA.—Asi son los noveleros.

DIEGO.—Asì soy yo, que soy filósofo.

CAROLINA.—Filósofo!...... filósofo!...... Y à cual escuela perteneces?

DIEGO.—Respeto y admiro á todas sin decidirme por ninguna, pues para mi tengo una aula especial; soy yo solo, que me he creado un modo de ver y estimar las cosas con el que difiero en mucho de los demas hombres, sirviendo de

reguladores y baso á mi sistema, la paciencia de un Job y la resignacion de un turco.

CAROLINA.—Efectivamente, tu paciencia, resignacion y bondad ya rayan en zoncera.

DIEGO.—A bien que tu lo dices; tu que muchas veces me has tomado por tonto antes que por bonachon. Pero para mi es lo mismo.

CAROLINA.—Déjate de tentarme por ese lado, Diego, por que tendré que ser como otras veces inexorable, ratificando la estimacion que de tì propio haces.—Solo un tonto puede quedarse en la calle facilitando al fiado á todo el mundo los efectos del negocio establecido para su subsistencia.

DIEGO.—Carolina, hija........... vengamos á otra cosa *(en calma y como amonestando.)*

CAROLINA.—Si, mejor es; vengamos á otra cosa.—En defecto de no haberme sido posible disponer de mas tiempo que el necesario para leer la dedicatoria de esa obrita, tu me prometiste epilogarla, y deseo ver á prueba tu dicernimiento, para distraerme de los malos resultados que de comun me orijina el recuerdo de las consecuencias que nos ha producido tu bondad.

DIEGO.—Pues voy á complacerte, querida Carolina, prévia condicion de que habrás de perdonarme no adivine el rumbo que el autor haya dado á su trabajo en el segundo tomo?

CAROLINA.—Esta bien; veamos.—*(Diego, que habrá traido en una mano el ramo, y en la otra un libro, coloca el primero sobre una mesa, acerca dos sillas al centro de la escena y se sientan ambos conservando Diego el libro en la mano.)*

DIEGO.—Habia aquí en Buenos Aires, allá por el año 38, un señor Ballestero, comerciante acaudalado, y padre de una hermosa jóven llamada Elisa, que contaba por entonces

unos 15 años.—Ballestero era un buen patriota: su casa servia de centro á reuniones de lo principal de aquella florida juventud que pasô luego á engrozar las filas del jeneral Lavalle, protestando asi á nombre del pueblo, de la degradacion á que por entero quiso sepultarlo el gaucho audaz que la anarquia habia hecho surjir de la pampa. Hacía nùmero entre los concurrentes á la casa de Balletero, un rico y elegante jòven apedillado Macias; que si bien tuvo la fortuna de ver correspondida su ardiente pasion por la jóven Elisa, se halló bien pronto de frente con un rudo y temerario rival llamado Juan Benites, miembro digno de la gavilla de bandidos conocida entonces para mas escarnio del pueblo y la moral, con el título de *Sociedad Restauradora.*

CAROLINA.—Muy bien, mi caro filósofo; la narracion empieza con precision y sencillez; adelante.

DIEGO.—Benites no tenia relacion con Ballestero; habia visto á Elisa en algunos espectáculos públicos y prendádose de ella sin tratarla.—Habiendo solicitado ser presentado en su casa, obtuvo por respuesta una franca negativa; y este primer embarazo, produjo en Benites la obtinacion llevada á los términos en que la barbarie sabe colocarla.—La venganza es la miel hebrea de las almas depravadas, y aquel hombre supo gustarla hasta empalagarse en ella. Despues de perseguir á Macias hasta conseguir se le encadenara y redujera á un calabozo prévia clasificacion de *Salvaje Unitario,* contrajo su propósito á mortificar á Ballestero.

CAROLINA.—Vamos, adelante!

DIEGO.—Mediante el dinero, consigue Macias escapar de su prision, y en una noche de despedida en que ambos jóvenes juran amarse eternamente, la desventurada Elisa no tiene toda la fortaleza que precisara para resistir; y su debilidad la hace comprender bien pronto que se halla en estado de ser madre......... Ella no habia conocido la suya, pues su aparicion sobre el mundo fué obtenida á precio de

la vida de la que la llevara en sus entrañas.........En sus oidos no habian sonalo jamàs aquellas penetrantes reflecciones de cuya encantadora moral la mujer es quien mèjor conoce el espléndido idioma; y semejante falta, la destituia del valor con que la honra se retempla en los momentos de prueba.

CAROLINA.—Muy bien, mi filósofo; muy bien.

DIEGO.—La ausencia de Macias era una imperiosa necesidad; porque su permanencia en Buenos Aires, sin peligro de ser herido por el puñal de los asesinos era un imposible; y la ausencia se efectuó.—El buen padre ignoraba la situacion en que se hallaba Elisa, y desoyó las súplicas de ambos amantes que le pedian el consorcio antes de separarse. Fundaba su negativa Ballestero, en la aprensiva idea de que aquellos jóvenes se amaban demasiado, para dejar de ser desgraciados, si como esposos, lloraban recíprocamente la ausencia por tiempo indeterminado, pues él no aceptaba por nada la separacion de su hija, impidiéndole por otra parte la naturaleza de sus negocios, la traslacion á otro país.—Elisa dió à luz el fruto de su estravío; pero fué rindiendo la existencia como su malograda madre. El dolor que naturalmente debió producir en Ballestero la terrible desgracia que abriò las puertas del sepùlcro à su desventurada hija, y los frecuentes sobresaltos con que lo traian ajitado las persecuciones de Benites, trastornaron su razon y murió desesperado y sin conocimiento.

CAROLINA.—Y la criatura, Diego?......Y la criatura?...

DIEGO.—La criatura era una preciosa niña, que à los pocos dias de la muerte de Ballestero, desapareció de la casa arrebatada por la nodriza.

CAROLINA.—Y no se sabe?.........

DIEGO.---Hasta aquí, nada; porque como verás, despues de lo que dejo relatado, (*Va hasta la mesa, toma de nuevo el ramo y el libro, vuelve junto ă Carolina y enseña el final de este*] el asunto se suspende tomando por lindero, este retazo de papel, [*enseñando el fin del libro*) que solo dice en letra versal: fin del primer tomo.

CAROLINA.---Ocurrencia como la del tal Ernesto!........ Produce una bonita obra; dâ á luz su primer tomo; coloca con él en curiocidad â las personas á cuyas manos llega, y se reserva, segun la carta con que lo remite á Aurora, el gusto de ser portador del segundo volumen?......... Pues si se le antoja no venir en dos años.........

DIEGO.---Estraño que eso presumas.---¿Pues que, nada te dá á comprender su dedicatoria?---El jóven Ernesto vendrâ, y vendrá pronto por que está enamorado.

CAROLINA.---Eso si, siempre malicioso!---A que vas á creer tambien que Aurora.........?

DIEGO.---De ella nada digo: la supongo verdaderamente apasionada de su futuro; pero eso no obsta que el autor......

CAROLINA.---Silencio; ella viene.

ESCENA IV.

DIEGO, CAROLINA AURORA, LUEGO EL CRIADO.

CAROLINA.---Querida Aurora!...... [*Yendo ā su encuentro*].

AURORA.---Carolina (*Besāndola en la frente.*) Buen amigo.........

DIEGO---Que tal?.......que tal bellísima Aurora?

AURORA.---Oh, muy bien! (*con aire de satisfaccion*).

CAROLINA.---Lo creo, picarona: tomad, este es mi saludo de la víspera (*Le presenta su ramo.*)

AURORA.---Que hermoso ramo!

CAROLINA.—Pues la verdad, no está á mi gusto.

DIEGO.—Y que tal os parece este otro? (*á Aurora enseñando el suyo.*)

CAROLINA.—Que impertinencia!......... Pero en fin, disimuladle, querida amiga; ya sabeis que Plantilla tiene ciertas rarezas.........

AURORA.—De las que gusto demasiado.

DIEGO.—Ser bonachon, y bonachon en estos tiempos de los quilates que mi esposa me adjudica, es desde luego ser raro; y como no hay filósofo que no lo sea, acepto en consecuencia los tratamientos de raro, bonachon y filósofo, que para mi valen lo mismo.

CAROLINA.—(Que premisas, Dios mio; que conclusiones!.........)

DIEGO.—Aceptad, pues, apreciable amiga......(*Entrega su ramo á Aurora*)

AURORA.—(*Observändolo*) Hola, hola .... y cuenta bastantes amapolas?...... Hasta ahora, gracias al cielo, no he precisado jamas de soporiferos; pero supuesto que tan disimuladamente me los administrais, yo que conozco vuestro temperamento, (*Riendo*) quiero aprovechar esta ocasion para proporcionaros un rico cafiaïco; pues apesar de vuestras cavilaciones filosòficas, dormis parte del año como una marmota segun dice Carolina, y vuestro sistema nervioso necesita á mi opinion de escitantes.—Juan! (*Sale el criado*) Coloca estas flores sobre mi velador (*Las de Carolina*), y estas otras (*Las de Diego*) en agua fresca al pié de la efijie del Señor de la Paciencia (*Sonriendo*).—Haz á continuacion se lleve á casa del Señor Plantilla una de las pequeñas cajas de évano que contienen Té de la India.

DIEGO.—Tanta fineza, hermosa Aurora......(Lo que yo decia; ella debia comprenderme.)

CAROLINA.—Con que decididamente mañana.........

AURORA---Tomaré estado por la segunda vez.---No va á ser mi esposo, como ya lo sabeis, un jóven en quien la sangre rebulla con la ardentia de los treinta años, y en cuya cabeza crucen fascinadoras las ilusiones que por lo comun, á nuestra edad, sino somos desgraciados, nos hacen estimar la vida como un variado panorama de encantadoras y caprichosas lontananzas: por el contrario, Laurenti lleva en su frente, pinta en su palabra y trasparenta en su mirada, aquella dulce melancolia que solo es comparable con la solemne hora en que el crepúsculo vespertino se viste de la tenue luz del dia que muere, y las purificadoras brisas de las sombras que se aproximan.

CAROLINA.—Pero nada de eso determina todavia la influencia de la edad en la vida del señor Laurenti.........Y segun vos misma declarais, cuenta apenas 43 años.

AURORA.—Así es: mi primer esposo tenia cuarenta cuando me llevó al altar, contando yo solo quince: fuí viuda á los diez y ocho, y hoy marcho en los veintitres —Hago estas cuentas, para probar que en la actualidad no tengo que quejarme de desproporciones......... Y á fé que no son las canas que todavia no emblanquecen las sienes de Laurenti las que producen en él su desapego para con la sociedad y el mundo; no es el quebranto de un físico gastado por tenaces dolencias lo que dá á su fisonomia toda la espresion de una honda y perdurable amargura—Hermanado á su alma verdaderamente jenerosa y sensible, lleva en su pecho un corazon diamantino, pero à la manera del fierro encandecido, que si resiste el golpe que ha de darle forma, no por eso deja de arrojar chispas de sí propio; desde el fondo de sus entrañas Laurenti arranca de continuo su dolor desahogado en suspiros.—Su reserva, su aparente con-

formidad, su calma al parecer mas que natural estudiada, y hasta las distracciones que de comun le asaltan, me han hecho comprenderle desgraciado.................. y le he compadecido!

DIEGO.—Y la compasion, en vosotras las mujeres, suele ser el sulco por donde brota el amor.--Concurre además la circunstancia de que el señor Laurenti es rico.........muy rico segun os he oido.

AURORA.---Yo tambien soy muy rica, amigo mio.--Mi primer esposo fué un honrado marino que habia acumulado una gran fortuna en veinte años de viajes por los mares de la India; y como era solo en el mundo, à su muerte, que nos halló sin sucesion, dejóme instalada su única heredera. El caudal de mi padre pasó siempre en Montevideo por uno de los mayores, y por mucha que fuese mi codicia, nunca me hubiera enajenado hasta el estremo de colocar mi mano, á la vista de Laurenti, en una balanza que contuviera en el opuesto plato, solo el oro mudo, corruptor y frio: sin riquezas, pero con el tesoro de mèritos que le adornan, quién sabe sino hubiera sido yo la que se anticipara á manifestarle el tamaño de las simpatias que ha sabido inspirarme.

DIEGO---Bien sabeis amiga mia, que he disipado mi fortuna en aras de la jenerosidad, y que no tengo nada de codicioso; pero en esto, y estimar con entusiasmo el brillo de la riqueza, hállome idèntico á aquellas personas que siendo por naturaleza demasiado parcas para alimentarse, aplauden y tributan sus respetos á los mas esquisitos manjares. Cosas hay que toman su valor segun la pasion que les sirve de prisma al ser miradas; y si el caso me llegara de morir sangrado como Seneca, desearia para mi baño

una tina con sunchos de plata: ó sí como el otro filósofo hubiera de acabar mis dias apurando la cicuta, preferiria beber la muerte en copa de oro, al tonto gusto de Diójenes que hallaba mas sabrosa la agua alzada en sus manos sucias.

ESCENA V.

Los mismos y el Criado.

CRIADO.—El señor Laurenti pide permiso para pasar adelante.

AURORA.—Dile que estoy à sus órdenes [*El Criado deja sobre la mesa un diario.*)

CAROLINA.—Querida amiga, conviene dejaros sola.

AURORA.—Y porqué?

DIEGO.—Oh, eso no se pregunta. Jamás tienen los nóvios mas necesidad de verse é interrogarse, que en las horas que anteceden á su enlace, y en las siguientes al hecho de ser esposos.

AURORA.—Pues bien, en mi gabinete de lectura......

CAROLINA.—Si, si; allì pasaremos, pues lo que es este dia y el de mañana no habremos de separarnos de vuestro lado. Un casamiento, es siempre un suceso que demanda prisa, y la prisa tiene el inconveniente de no dejar las mas veces hacer bien las cosas, produciendo por añadidura el olvido de otras.---Para preveniros contra ese mal en cuanto sea posible, es que nos quedamos.

AURORA.—Gracias mi buena Carolina.

DIEGO.—(*Diego que habrá ido ă tomar su sombrero alza el diario*] Ola, un diario de la mañana?......Famoso! me entretendré leyendo la crónica.

AURORA.--- *Sonriendo* Pues os vais á lo mas nutrido!

DIEGO.---Sĕ que me voy á lo mas superficial; pero prefiero esto á la parte política de nuestro periodismo, que pareco

hubiera tomado por esencial apostolado dejar en cueros la reputacion de nuestros principales hombres. Verdad es tambien que si esto no es bueno, tiene la ventaja de eximir á todo el mundo de reconocimiento hácia los buenos.

CAROLINA.—Pero......

DIEGO---Si, si, vamos: Le direis al señor Laurenti que no verle ahora, y saludarle mas tarde, para mi es lo mismo. (*Se van dejando el libro en una de las sillas colocadas al medio de la escena.*)

ESCENA VI.

AURORA LAURENTI.

LAURENTI.---A vuestros piés, hermosa Aurora.

AURORA—(*Recojiendo el libro para que se siente Laurenti.*) Lo pasais bien, señor Laurenti?---Tomad asiento.

LAURENTI.---Habré acaso llegado á tiempo en que ibais ä entregaros â la lectura?

AURORA.—Oh! de ningun modo: D. Diego Laplantilla, á quien ya conoceis lo bastante, (*sonriendo*) ha obrado maquinalmente dejando ahi este libro. (*Se lo presenta.*)

LAURENTI.— (*Viendo el título.*) UNA NOVELA QUE EMPIEZA POR SER HISTORIA [*Fojea*] No conozco esta obrita.........pero no es estraño)*Rejistra la carãtula*)... Su impresion es muy reciente *Da vuelta la hoja* Oh, bien, muy bien; el preàmbulo no puede seros mas lisonjero...... Su autor os la dedica...... Y este se llama (*Ve la firma de la dedicatoria*) Ernesto, Ernesto. (*à ella*) Y este es su nombre. de:.....?

AURORA.—Por Ernesto de Ernesto le hemos conocido, y en la prensa Oriental asi se ha firmado.---Como cuatro meses antes de trasladarnos de Montevideo aquí, donde como ya os he dicho, hacen dos años hemos fijado nuestra residen-

cia, conocimos á este jóven en un paséo al campo. Mi padre, con quien á pesar de la notable diferencia de edades, contrajo inmediatamente amistad, proporcionóle luego habitacion en nuestra propia casa en la capital. Bien pronto tuve ocasion de estimar personalmente las bellas cualidades que le adornan. La sociedad le habia ya hecho justicia, y la prensa tributadole justos elojios como â uno de sus mas enérjicos y adelantados paladines.—Tendria entónces Ernesto unos 19 años.

LAURENTI (*Dilatándose sobre el respaldo de la silla suelta un mudo suspiro y dice como para sí*) Diez y nueve años...... Ah, si mi Luis viviera, tendria hoy los veintiuno que ese jóven cuenta!

AURORA.—Oh, señor Laurenti; cayendo en vuestra habitual distraccion. me privais del gusto de daros esplicaciones que juzgo muy oportunas.

LAURENTI.—Disimulad hermosa Aurora. Mi pregunta no ha tenido por objeto satisfacer una maliciosa curiosidad; todo lo que os favorezca no puede menos que interesarme, y esa dedicatoria...... Además, quien desconfiaria de vos?—Para cualquier hombre de talento que os trate, siempre sereis una especie de sagrada musa, y no estraño que ese jóven se inspirara habiendoos tratado.........Ahora, si gustais continuar?.........

CAROLINA.—Fué tal el cariño que mi padre cobrara en cada nuevo dia al jóven Ernesto, que concluyó por demostrárselo regalándole fondos para la compra de una imprenta, con cuya industria sabemos progresa en Montevideo —Pero antes de nuestra traslacion á Buenos Aires, mi padre tuvo la humorada de referirle, reservándose los nombres de los actores—que ni aun á mí quiso confiar—una de aquellas aterrantes historias tan frecuentes en los calamito-

sos tiempos del tirano Rosas. Hacen apenas quince dias Ernesto nos ha enviado el primer tomo de la obra, en que la verdad está tratada bajo la accion de personas que figuran con nombre supuestos; previniéndonos que, cuanto hay en relato como continuacion del argumento en el segundo tomo, es obra de su imajinacion, pues la parte histórica, suministrada por mi padre, concluye en el primero.

LAURENTI.—A propósito de esto, hermosa Aurora: habeis de permitirme una nueva confianza. Solemos aveces vivir apenados en la vida con dudas tan punzantes como el remordimiento, y cuya salvedad no nos satisface si ésta no es obtenida por mas de una vez.—Recuerdo que os he preguntado si vuestro padre tuvo hermanos, y entre estos, uno llamado Rafael?..

AURORA.—Y os he contestado que no.

LAURENTI.—Me habeis dicho tambien que vuestra madre vivió hasta hace pocos años, y se llamaba Nemecia?

AURORA.---Es verdad.

LAURENTI.---Gracias, gracias, amiga mia: ahora vengamos á nosotros.---Empezaré por mi.........por mi que estoy en víspera del dia en que acabaré una jornada principiada hacen veinte y tantos años y casi siempre recorrida por la huella del infortunio, para adelantar en otra de las que sereis el faro.—Bien sabis, Aurora, que nuestra relacion es debida al culto que ambos rendimos á la caridad.—Asistiais vos á la cabecera de una mujer postrada en el lecho del dolor: yo sabia que aquella mujer habia sido demasiado virtuosa y que se encontraba completamente abandonada.........La llevasteis un dia vuestra limosna.........

AURORA.—Al tiempo que vos depositabais la vuestra debajo de su almohada: asi nos vimos por la primera vez.

LAURENTI.—Y asi fuè como os empezé á tratar casi

al mismo tiempo de regresar á mi patria. Viudo como vos, seria injusto si al traer á memoria semejante circunstancias, no sintiera templada mi alma por la dulce satisfaccion de haber poseido en la que fue mi esposa, el único bien que supiera atemperar mis amarguras.--Lloro y lloraré mientras exista un hijo infortunado.........una tierna y adorada hija que no veré jamás......! Pero vos me restableceis con usura en la pasion por la compañera que ahora mas que nunca necesito, para reconcentrar en ella mis afectos, asi como ya me proporcionasteis la dicha de admirar en vuestro semblante, la perfecta imájen de la mujer mas seductora y adelantada que conocí en mi juventud.

AURORA.—¿Y que mas puedo desear para enorgullecerme? Empezar operando tales modificaciones en vuestra existencia, es entrar afortunadamente al goce de mis aspiraciones; y para mas adelante.........Oh, para mas adelante, desde ahora me envanezco de otro triunfo.---No ha de ser á fé la hipocondria la que se aloje en mis salones: complaceros en cuanto pueda, buscaros una nueva distraccion en cada dia, halagaros sin descanso, arrebatar el lugar á vuestra sombra interponiéndome entre vos y ella para no dejaros cavilar, par fundir, en fin, con un sistema de variedad y placeres la ironia con que el dolor ha trabajado vuestra vida, es mi gran propòsito.........asi como vuestra felicidad espero sea el resultado.

LAURENTI.—Oh, Aurora, Aurora; cuan buena sois!... Si asi fuera vuestro padre?

AROLINA.---Ah, mi padre......! Mi padre es el mas bueno de los hombre.s Ya me lo afirmareis vos mismo despues. Y para que por lo pronto comprendais hasta donde llega mi confianza en su abnegacion, no hay mas que tomar en cuenta la conducta que acerca de mi proyecto de

casamiento he observado. Hacen tres dias recien le escribí á su estancia situada en el partido de Lujan, incluyèndole la carta en que os poneis á sus òrdenes, participándole mi propòsito.

LAURENTI.—Es decir que despues de algunos meses..?

AURORA---Recien va á saber que cuenta con un nuevo amigo.........y lo demas que ocurre.

LAURENTI,—[*Con interes*] Y os ha contestado?......

AURORA.—Al momento; pidiéndome que le espere; que es necesario se halle presente á nuestro enlace, porque hay mas razones de las que yo puedo suponerme para ello.

LAURENTI.—(*Con sobresalto é interés*) Y creis vos....,?

AURORA.—Que mañana sin falta se hallará entre nosotros. Bastante anciano ya, mi padre prefiere el carruaje para sus viajes, pero le hace volar.

LAURENTI.—[*Que habrá conservado el libro en la mano*) Me permitis que.........

AURORA.---Oh, si, llevadle; y si precisais mas ejemplares.........

ESCENA VII.

LAURENTI, AURORA, DIEGO (*que trae el periòdico.*)

DIEGO.---(*Saliendo de pronto*) Albricias, albricias, amable Aurora......Ah, dispensadme señor Laurenti: el gusto que me produce lo que acabo de saber por este diario ..... casi casi me ha alejado del que tuve al saber que mañana ....

LAURENTI.—Estais muy cumplido, señor La Plantilla.

DIEGO---Pues habeis de saber, buena amiga, que tenemos al jóven romancista. Ha llegado ayer tarde segun lo indica este suelto en que se le saluda muy cordialmente......

Y no haber sabido nosotros nada!.........Pero lo estraño es

no haya preferido vuestra casa para su alojamiento, desde que median las circunstancias de que nos habeis instruido.

AURORA.—Y en verdad que decis bien: es particular..!

DIEGO.—Si gustais, iré en el acto á buscarle en cuantos hoteles y posadas para pasajeros tiene Buenos Aires.

AURORA.—Oh, muy bien, muy bien.---Tendré el gusto de presentaros este amigo de quien hace pocos instantes os he hablado, (*ã Laurenti*).

LANRENTI.—Gracias! (*yendo á tomar su sombrero.*)

AURORA.---Os retirais?

LAURENTI.---Si; tengo algo que hacer

AURORA.---Pero volvereis esta tarde?

LAURENTI.--Oh, por sabido.

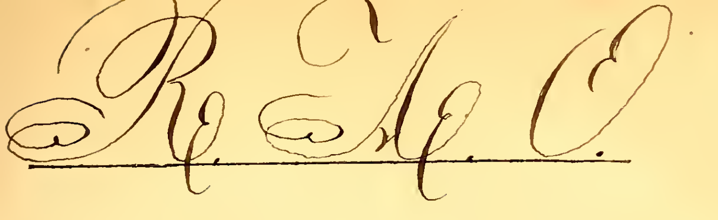
AURORA.---Mi coche está á la puerta.

LAURENTI.---Tambien el mio.

DIEGO.—En el vuestro, (*ã Laurenti*) ireis vos; (*ã Aurora*) en el vuestro iré yo.---Vos, á practicar vuesaros quehaceres (A *Laurenti*)......... Yo, en procura del jóven Ernesto: dilijencia por dilijencia.........Todo es lo mismo: con que hasta luego. (*Laurenti hace una cortecia y Aurora contesta*).

AURORA.---Hasta luego.

FIN DEL PRIMER ACTO.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un gabinete cerrado con una ventana a la izquierda del actor y una puerta à la derecha que sirve a las entradas. Esta pieza está amueblada con menos lujo que la del acto primero.

ESCENA I.

DON PEDRO. *En traje de viaje* Y EL CRIADO.

PEDRO.---Se acomodaron los caballos?

CRIADO.---Si señor: y tambien el coche que ya está labado.

PEDRO.--Y dices que ha llegado ese señor Laurenti?

CRIADO.---Habrá unos cuantos minutos......... Como qué me ha encargado os hiciera presente espera en la pieza inmediata el momento en que haya de entrar á ponerse á vuestras órdenes.

PEDRO.---Y Aurora?

CRIADO.---En el salon principal acompañada del señor Ocampo y su esposa, que supongo sabreis son los padrinos?..

PEDRO.---Y la señora Carolina?

CRIADO.---Oh, lo que es la señora Carolina, está sumerjida en un laberinto de flores artificiales, blondas y trajes flamantes que rejistra en el ropero de la señora Aurora, á quien dice ha de engalanar á su idea al regrèso de la iglesia.

PEDRO.---Y D. Diego?

CRIADO.---Echale un galgo.........! pues que, ¿no os lo ha dicho la señora Aurora? Desde ayer por la tarde que partió en coche con toda la furia de un tren, en procura del señor Ernesto, que segun he oido ha llegado á Buenes Aires, hasta ahora se le ha visto la cara.

DIEGO.—Es verdad, sabia eso y lo he olvidado. Ve á decir á ese señor Laurenti que puede entrar cuando guste.. y luego...retìrate!....lejos, bien lejos! *(Con aire de disgusto)*

CRIADO.--- *(Aparte y yéndose)* Esto es muy estraño.... Él, tan bueno, tan esencialmente bueno, ahora tan huraño!......Vamos, este casamiento no es de su agrado.

ESCENA II.

DON PEDRO SOLO.

Dios mio,.........Dios mio; yo no sé lo que me pasa!....... Tengo fiebre, me siento atónito.........Quisiera abrigrar la duda; pero contra los esfuerzos de la idea se revela mi corazon que me está diciendo: el es, él es,! *(Rejistra una de dos cartas que trae y lee)* "Teodoro Laurenti" *(Representa)* Yo no conozco su letra, pero este era su nombre *(Ve la otra carta.)* Y aquí.........oh, aquì en la carta de mi hija........ Ella declara tener este hombre 43 años, ser hijo de Buenes Aires, y haber vivido domiciliado en Bolivia veinte y tantos...... Ah, no parece sino que la fatalidad hubiera mediado en todo hasta producir este caso.—Murió en aquel pais el amigo que de cuando en cuando me instruia acerca de la vida y hechos del hombre á quien tanto temo; y para que el tremendo golpe que espero sea mas violento, hasta mi hija, mi querida hija ha descuidado el envio de esta carta escrita hace ya alugunos meses.—Virjen Santa, dadme resistencia!......Dadme enerjía ya que al abrazar á Aurora en este dia, me has prestado fuerza para emplear el

disimulo y la reserva ...... Siento que se aprxima......Por donde empezaré?......Como será esto, Dios mio!

ESCENA III.

LAURENTI, D. PEDRO.

LAURENTI.--Me han dicho que permitis venga á saludaros, y lo hago poniéndome desde luego á vuestra disposicion.

PEDRO.—Gracias......Sentaos......(*acercando dos sillas*) sentaos, señor.

LAURENTI.—Oh, vos primero.

PEDRO.—Quien, yo......? No, yo no quiero: prefiero quedarme en pié. (*Retira las sillas.*)

LAURENTI.—En ese caso quedaremos ambos.

PEDRO.—Como os parezca, y...... Permitidme cierre esa ventana. (D. *Pedro cierra las hojas de la ventana.*)

LAURENTI.—Proceded como mas os plazca: estais en vuestra casa, y desde esta primera entrevista en que tengo el gusto de conoceros, debemos apresurarnos á instalar la confianza: nuestra relacion y contacto será, segun lo espero, tan estrecho, que ya no habrà de interrumpirse sino con la muerte.

PEDRO.—Como......? como es eso, señor? (*con tono brusco.*)

LAURENTI.—Siendo, como seré luego, vuestro hijo político......?

PEDRO.—Vos mi hijo? (*como asombrado.*)

LAURENTI.---Pues que, no lo sabeis?—No habeis recibido mi carta en Lujan?—No habeis recibido la de Aurora que circunstanciadamente os impone de nuestro enlace ya por realizarse?--No os lo ha repetido á vuestra llegada?

PEDRO.--(*Confuso; estregàndose las manos, mirando á*

distintos lados como buscando algo.] Si, señor Laurenti; todo eso ha sucedido: aqui estan las cartas... y he visto á mi hija ......Me ha hablado de lo mismo que vos, y á todo he asentido con la sonrisa en los labios [*Irónicamente.*)

LAURENTI.---Ah, gracias, gracias padre mio!

PEDRO.---Yo vuestro padre?.........[*Horrorizado.*) Oh, no digais eso, porque es un imposible ....Porque seria una iniquidad!

LAURENTI.—Que decis, señor?

PEDRO.---(*Aumentando su desasosiego*) Digo que......... Pero decidme primero vos: cuantos años hace faltais de Buenos Aires?

LAURENTI.---Cerca de veinte y cuatro.

PEDRO.---Conocisteis á D. Rafael Cavot?

LAURENTI.--Oh, si, mucho; mucho! (*Con sumo interes.*)

PEDRO.-.-Era mi hermano!! (*Con esclamacion*)

LAURENTI.—(*Asombrado*) Gran Dios .....! y como es que Aurora lo ignora?.........

PEDRO.--Porque no se lo hice saber jamás

LAURENTI.—Y...Decidme señor, D. Pedro: ¿qué fué de una niña que tuvo la hija de vuestro hermano?

PEDRO.---Preguntadme mas bien que fué de la madre de aquella niña......! Qué fué de vuestra victima!

LAURENTI.—Ah, por piedad; no habrais de nuevo las mal cicatrizadas heridas de mi alma......Evitad toda reconvencion, porque seria inhumano procurarme con ellas nueva causa á mis antiguos dolores.

PEDRO.---(*Con ironía*) Probasteis muy bien vuestra pena casandoos en la Paz antes de cumplir dos años de residencia en aquella ciudad?......

LAURENTI,—Y Como sabeis?......

PEDRO.---Eso no os importa; os casasteis!......

LAURENTI.—Me casé......procurando abrumar el delirio que se iba apoderando de mi razon......Me casé, cuando despues de saber que Amelia habia muerto, por dos espresos reservados qus desde Bolivia envié aquí, supe tambien que mi idolatrada hija habia sido robada......Me casé, sin duda porque mi destino me lo inspirara, para llorar por segunda vez como padre la pèrdida de mis hijos!! [*Con inmenso dolor.*)

PEDRO.---[*Con mayor ajitacion ē ironía*) Y ahora, en reemplazo de la compañera que perdisteis, y de los hijos que llorais, procurais vuestrŏ bienestar á precio del despojo del único bien que me hace todavia amable la vida acá en la tierra?......Sin presumir siquiera que yo fuera entre los vivos el representante de los agravios inferidos á un hermano querido, cuya noble confianza pagasteis con la mas inĭcua traicion?...Ah, Teodoro Laurenti! Pedro Cavot no permitirá jamás que su hija os pertenezca. La desventurada Amelia pagó su estravio con la muerte; y mi hermano asesinado en su honra por vos, por su mas distinguido amigo, convertido en seducctor, murió loco y desesperado! Decid vos mismo si con semejantes títulos teneis derecho á otra cosa que mi eterno aborrecimiento?

LAURENTI.— (*Con dignidad y resignacion*] Está bien Sr. Don Pedro; lo quereis, y debo resignarme: no seré el esposo de vuesrra hija. Justificarme á vuestos ojos seria imposible pero permitidme algo en mi desahogo.---Hay estravios que si tienen el cargo de un crímen segun la moral, no dejan manchas indelebles segun la filofofía: No es culpa del arroyo cristalino que el aquilon acumulando lodo enturbie sus linfas, ni es justo condenar á eterna reprobacion al hombre que en los albores de la juventud, débil á veces para resistir al impĕtuo de las pasiones,

choque de la otra parte de los lindes de la virtud......Y Dios lo sabe! nadie habrá compurgado tanto como yo en el mundo el mal que sin meditacion haya causado. Riquezas, popularidad, destinos públicos, buen nombre, todo, todo lo he alcanzado en el estranjero; pero la tranquilidad del alma... oh, jamás!---En medio de los mas alegres espectáculos, con la copa del festin en la mano, asi como en las tranquilas horas de silencio y reposo, la imájen de Amelia y la figuracion de la de mi hija no se han separado un solo instante de mi mente.

PEDRO.---(*Aparte y con sentimiento*) Tambien hubiera sido buen esposo......! Tambien hubiera sido buen padre!

LAURENTI.—(*Con dolorosa resignacion.*) Ahora, sin esperanza ya á la posecion del soberano bien de que decis intento despojaros, solo me resta suplicaros me instruyais de todo lo que á vuestro conocimiento haya podido llegar respecto á la misteriosa desaparicion de la niña......

PEDRO.---Yo no se mas, sino que desapareció con la nodriza [*medio confuso.*)

LAURENTI.—Pero que, señor, vos en quien á pesar de tan manifiesta prevencion contra mi, traduzco el afecto que teniais á vuestro hermano, ¿no hicisteis delijencias por descubrir?......

PEDRO.—Hice lo que puede desde Montivideo, donde tenia fijada mi residencia hacia largos años, y......nada, nada conseguí adelantar.

LAURENTI.—Está bien, todo está concluido; mañana parte un vapor para el Janeiro y en la tarde de hoy ajustaré mi pasaje......De alli emprenderé nuevo viaje, despues otros.........Visitarè cuantos pueblos pueda......Recorreré el mundo sin plan ni preferencia por zonas ó naciones; y puede ser que asi encuentre algun jóven que se parezca tanto á mi

Luis, como vuestra hija Aurora es parecida á la desventurada Amelia......Tal vez ese jóven sea pobre y yo sabré hacerle rico aun cuando despues llore sus ingratitudes.

PEDRO.—(*Aparte.*) Yo me siento ablandar. Ah, que alma tan jenerosa!

LAURENTI.—En cuanto á la situacion en que desde este instante me hallo colocado, comprendeis muy bien que no puede ser mas horrible y apremiante. Si por tributo á su amor se me exijiera el sacrificio de la vida, lo haria con placer, sin escluir al rendirla ni la hoguera.... Pero la verdad, señor D. Pedro, yo no tengo valor para soportar la muerte herido por la mas leve de sus reconvenciones. —Yo no puedo, no debo verla ya jamás......Vos os encargareis de destruir sus ilusiones dejándome al descubierto con toda la fealdad que supongais quepa en mi alma.

PEDRO.—(*Enternecido.*] Ah, no, no digais semejante cosa......Yo difamaros?......¿Qué os puede autorizar â semejante creencia?—Con que mas bien estoy pensando seria posible entráramos en una transacion......Vos buscais la hija desgraciada, perdida en la cuna, huérfana, desamparada; y yo os niego para esposa mi hija hermosa, rica, discreta, feliz como pocas criaturas.........! Pues bien, haciendo algo...algo, asi...como para que vos halláseis la vuestra, y yo no me quede sin la mia......

LAURENTI.---Ah, si, si: hagamos lo que gusteis; proponedme lo que mejor os plazca; en todo consentiré; á todo me subordino!

PEDRO.---(*Aparte.*) Vamos, no puedo mas!....Pues bien, señor Laurenti; habeis de saber que vuestra hija no solo vive siendo muy dichosa, sino que......

LAURENTI.---(*Con vehemencia*] Repetid, repetid eso, y agregad lo que falta!

PEDRO.--Pues bien, lo repito: digo que vive.... que es muy dichosa y......

LAURENNI.—(*Con gran ajitacîon*] Acabad, acabad; en donde está?

PEDRO.—[*Entre cortado y como con temor*] Aqui......En Buenos Aires.

LAURENTI.--[*Con sumo interes y precipitacion.*] Otra palabra mas, y ya no os importuno: cerca de nosotros, no es verdad?

PEDRO.—Um...sí!

LAURENTI.---[*Se precipita á la ventana*] Gran Dios!.... Aurora....! Hija mia! Aurora, ven acà.........! Qué, no me oyes?.... Ven acä, Aurora! [*A gritos desesperados.*)

PEDRO.--[*Yendo ā la ventana y cerrándola*] Silencio......! Silencio, digo!

LAURENTI.---(*Muy arrebatado*) Pero que, no comprendeis que acabo de adivinarlo todo?...... ¿Y quién puede privar á un padre que llame á su hija?

PEDRO.---(*Lloroso y en tono desesperado*) Yo......! yo que por complaceros, si os descubro su existencia, no quiero perder los títulos que la hacen mia.... (*reparando que Laurenti se dirije hācia la puerta, corre hasta ella y se cuadra en cruz despues de cerrar las hojas*) Oh, no, no!... De aquí no pasareis.

LAURENTI.---Si que pasarě.........! [*Dice esto con un arranque de furor y arrojando por el suelo ă D. Pedro ă quien toma por uno de sus brazos*] Delante de mi no veo ya al anciano virtuoso convertido en èco de la justicia, sino al raptor desapiadado, mas bajo por su delito que el seductor que al fin fué padre.........! y llora hace tantos años el tesoro que le arrebatasteis!!

PEDRO.—(*Hincado y con los brazos cruzados.*) Pues bien, matadme!

LAURENTI.—Oh, si, debiera mataros......! porque vuestra inícua conducta ha venido siendo causa del negro abismo â cuyo borde acabo de verme colocado......! Decid, hombre temerario (*sacudiéndolo por el brazo*] ¿qué fuera de mi y de mi hija á la fecha, si como Dios no lo ha permitido, la muerte os hubiera ya separado del mundo?... Ah, que horror!.......El incesto para mi...! El ludibrio, la verguenza, y el oprovio, el aislamiento y el martirio perpetuo para mi hija!!

PEDRO.---Callad; callad señor, y matadme!!...

LAURENTI.--(*Se fija en el anciano, se acomoda el cabello y dice con voz reconcentrada reponiéndose en su estado natural*) Que es esto?......Me hallaré acaso fuera de mi?...... Será que la intensidad de las emociones sentidas á la repentina aparicion de una felicidad inesperada, produce sobre la razon el efecto de la luz, que cegarìa á quien sin haber visto jamás el sol, elevara derrepente sus miradas hasta el fuego de su frente?—Venid á mis brazos, señor!

PEDRO.---(*Levantàndose auxiliado por Laurenti*) Si, por que llorando en ellos tal vez mis lágrimas os aplaquen......! (*Toman escena*)

LAURENTI.---Perdonadme señor, este violento arrebato: perdonadmelo, asi como yo os perdono el largo sufrimiento de que habeis sido para mi la causa (*Se abrazan otra vez*)

PEDRO.--Ah, señor Laurenti, la disculpa mútua por los atraviliarios arranques del momento nos están muy bien; pero ello no me exime de la desgracia producida con vuestra presencia aquí......Sois su verdadero padre......!

LAURENTI.—Y deseo abrazar cuanto antes á mi hija: suspirar, llorar sobre su corazon comprimiéndole sobre mi

frente.----Necesito hablar, llorar delante de sus ojos, porque Dios escuche al mismo tiempo toda la verdad de mi carriño y lo puro de las intenciones que para con su madre abrigara hasta el dia en que supe no existia.

PEDRO.---Bien, muy bien......Todo eso es tan digno como natural.........Pero yo, ah, yo tambien necesito hablaros...... Ya veis, vos lo solicitasteis antes y lo conseguisteis ......Es cierto que yo os hice sustraer la niña ocultandoos su existencia; pero tal proceder por ahora para vos tan inícuo, arrancaba entónces de un santo propósito que con el tiempo se ha realizado: hacer su felicidad!—Vos erais jóven, muy jóven, segun habia averiguado: dejasteis la patria huyendo de un tirano que acaso os inspiraría mas tarde la idea de estableceros para siempre en el estranjero. Yo por mi parte no habia tenido hijos hasta entonces á pesar de mis largos años de casado; disponia de una gran fortuna; mi esposa no contaba con un solo pariente, y con Rafael, acababan de desaparecer todos los mios.—¿A quién pues, mejor la destinacion de nuestras riquezas, que à la desamparada nieta de mi desgraciado hermano? (*Llora.*)

LAURENTI.—Gracias, señor D. Pedro; gracias!

PEDRO.—La niña tenia apenas un mes cuando emprendimos estudiosamente un viaje al Janeiro, que prolongamos por dos años, y á regreso del cual, la presentamos como hija lejítima á nuestras relaciones de Montevideo

LAURENTI.--(*Suspira, mira ā D. Pedro enternecido y vuelve à abrazarlo.*) Y al presente, señor. que hacemos?

PEDRO.---Vos me habeis dicho que se haria lo que yo gustara......Que os propusiese lo que mas me plazca.... Que á todo os subordinariais á trueque de hallar á vuestra hija; y la habeis hallado!

LAURENTI.—Es verdad!

PEDRO.---Y lo que yo deseo, lo que necesito para acabar tranquilo lo poco que me resta de existencia, es que Aurora siga viviendo en la persuucion de que soy su padre. Se volverá loca, si tiene que llorar mi muerte, orijinada por la contrariedad mas grande que la desgracia pudiera tenerme reservada para mis últimos dias......Saber ella que yo no soy su padre...! Yo, que la he arrullado en la cuna, que sostuve sus primeros vacilantes pasos, que mas tarde dí direccion á sus inclinaciones......! Yo, que bajo el cielo enlutado por la tormenta, como en medio de los alegres dias y los fragantes pensiles participé de su contento ó la dí aliento contra sus temores......! Yo, que en el aire que respiraba he absorvido su propio aliento durante veintitres años!!....

LAURENTI.—Pero vos me quereis exijir tanto, señor D. Pedro?.........

PEDRO.—(*Con interes y en tono muy persuasivo*) Oh, no, no mucho: el sacrificio de la reserva por vuestra parte no será de larga duracion. Ya veis, cuento sesenta y cuatro años .....Que tardaré en tener sobre mis husos la tierra que ahora oprimo con el pié?......A mi muerte será otra cosa; la estrechez en que desde hoy viviremos, cimentará la confianza; Aurora os habrá acabado de penetrar y entonces.. ...Ademas, con el sacrificio que os exijo vamos á evitar comentos del mundo...... Es mujer, merece una alta reputacion en la sociedad, y por lo mismo se halla mas espuesta á los filos de la crítica siempre á la órden de la envidia.— Si el mal me amenazara á mí......ò á vos......ó á los dos juntos, la cosa variaria de especie. Los hombres sacudimos nuestra capa en cualquier parte.

LAURENTI.---Pero como se resuelve mi situacion? A que me atengo? Que la digo? Como salvo mi compromiso?

PEDRO.—No os afiijais por ello: tenedme lastima, tenéd-

sela á ella tambien, que Dios es grande y habrá de inspirarnos. (*suenan dos aldabazos en la puerta.*) Quién llama?

AURORA.—Soy yo, padre.

LAURENTI.---Dios mio, es ella! (*D. Pedro va a la puerta y la abre: Laurenti se estremece à la voz de Aurora.*

PEDRO.---(*A Laurenti.*) Valor y prudencia.

ESCENA IV.

D. Pedro, Laurenti, Aurora.

AURORA.—[*Con aire adusto*) Que significa esto, señor? (*à D. Pedro*)...Esa puerta cerrada......Las voces descompasadas que de aqui han partido haciéndose sentir en todo el interior de la casa, á que son debidas?.........Qué ocurre?... Porqué este alejamiento de mi, señor Laurenti, en momentos que vuestra presencia á mi lado se hace indispensable?

LAURENTI.—Es que......yo, creia que.........

PEDRO.---Por que tambien yo......pues, yo! lo he entretenido......Teniamos tanto de que hablar......! (*Finjiendo alegria*) Oh, ya, ya lo sabreis y habrás de sorprenderte.

AURORA.---Pero que, señor, no ha podido aplazarse el motivo de semejante entretencion? La hora acordada para pasar al templo se aproxima, los salones contienen mas amigos de los que esperaba, y para cerciorarme de lo que aqui aconteciera, he tenido que pretestar un motivo que disculpase mi venida.

PEDRO.---Pues bien, celebro mucho......(*Con contento y entusiasmo finjido.*) celebramos mucho, (*señalando ă Laurenti*) que precisamente por hoy se aglomeren en casa tus relaciones, porque es indispensable que se sepa que yo...... y él, [*Vuelve ă señalar ā Laurenti*) hemos resuelto dejar sin efecto el proyectado casamiento.

AURORA.—(*Con gran sorpresa*] Que decis, padre mio? Es esto cierto, señor Laurenti?...... Hablad, hablad señor, hablad?.........

LAURENTI.—Es cierto! (*De un modo violento.*]

AURORA—Gran Dios!......Vuestra mal disimulada turbacion......! Vuestra frialdad, oh, todo me hace comprender que aqui media un misterio que se trata de salvar á toda costa.... y ya comprendo habeis resuelto entre ambos......

LAURENTI.--Dejar sin efecto nuestro enlace, Aurora: nos es de todo punto imposible llevarlo á cabo.

AURORA.—[*Con arrogancia.*) Señor Laurenti, muy dueño sois de vuestra voluntad; pero mi delicadeza se halla en este momento herida, y vuestro inmediato deber es darme esplicaciones suficientes á dejarme satisfecha ....Es necesario que en este caso abundeis de cuanta razon sea bastante á eximirme de todo cargo para con la sociedad.

PEDRO.---(*Confuso y sin atinar con una salida.*) Mira, hija mia,....ya te lo esplicaremos eso despues......Por ahora importa buscar un pretesto para.........

AURORA.—Y sois vos quien propone semejante absurdo, señor? ¿Pero qué, no teneis en cuenta lo que en estos momentos ocurre?—En el templo nos espera el sacerdote, y á unos cuantos pasos de este aposento una notable concurrencia. Habré de volver hasta ella á solo despedirla, declarando que mi matrimonio queda disuelto por motivos que yo ignoro, y que mi padre y el hombre que debia ser mi esposo escusan declarar?

PEDRO.-.-[*Con inquietud* y *tituveando.*] Pues bien, yo te lo diré: es que el señor y tu......O tu, que eres quien lo ignora, debes saber que es.........

LAURENTI.—Si, debes saber que soy........,

AURORA--Quién pues?

LAURENTI.— [*Con esplocion y abrazàndola*] Soy.........
Pedro—Tu hermano!

AURORA.—[*Dejándose abrazar sorprendida*) Mi hermano?

PEDRO.--Si, tu hermano! (*Rieudo.*)

LAURENTI.—Si, tu hermano! [*Comprimiendo el llanto.*]

PEDRO.---Acĕrcate, hija mia, abrázale. (*Sigue riendo.*)

LAURENTI.—Abrázame querida Aurora. [*El lo hace.*)

AURORA.—[*A su padre*) Pero vos nunca me habeis dicho.........?

PEDRO.—Oh, esas cosas nunca las participa un padre discreto á la hija querida de una esposa que se ama mucho... Que quieres?—Travesurillas de la juventud (*Riè*)......... Fìjate en su fisonomia y me le hallarás parecido.........El bueno de mi hijo Teodoro!............... (*Contemplàndolo un momento, le toma la cabeza con ambas manos y le besa la frente.*) Me le crearon y educaron aquí, al lado de la madre, que por escrúpulo le escusó mi apelativo...... Pues digo!. asi no hubiera sido tan previsor; de seguro que ä la fecha nos veriamos con un barro á cuestas; pero como he tenido siempre el incesante cuidado de averiguar á acerca de su vida [*aludiendo á Laurenti.*)......... y eso, sin que él me conociese ni lo supiera: por ello fué que al ver su firma, me dije en Lujan sin conocer su letra, vamos! él es, él es! Y te contestĕ previnièndote me esperaras, pues urgia mi presencia......y he llegado......nos hemos visto y esplicado.... y nos hemos entendido!

LAURENTI.—(*Como satisfecho.*) Y ahora que conoces la causa á la imposibilidad de nuestro enlace, podrás ya abrazar á tu hermano, querida Aurora?

AURORA.—Ah, si, si; hermano mio! [*Lo abraza*) Una y mil veces!

ESCENA V.

D. Pedro, Laurenti, Aurora, D. Diego.

DIEGO.—Perfectamente!——Esto es lo adelantado á cuenta de lo que habrā despues. Lo mismo, absolutamente lo mismo hacia Carolina conmigo un mes antes de casarnos, salva la diferencia de que la pobrecilla me estrujó tanto, que estuve cerca de otro mes con una costilla medio hundida.

AURORA.—Señor filósofo, sino aceptamos la alucion por lo que se aparta de la naturaleza del presente caso, la escuchamos con gusto por lo que tiene de chusca...... Y precisamente llegais en circunstancias que vuestro saleroso talento se me hace necesario; por lo que espero nos acompañeis en este momento al salon principal.

PEDRO.---Si se digna antes alargarme la mano?

DIEGO.---El bueno del señor D. Pedro...! vamos, disimuladme tanta distraccion. (*Le dă la mano.*] Y á apropósito, ¿pues no estoy cometiendo otra? Oh, filosofia filosofía.......! tu me absorves, y yo te absorvo!.........Yā me olvidaba dar cuenta de que conmigo ha venido el jóven autor, á quien dejo reparando su vestido en el pròximo aposento.—Pero quien no se confunde á presencia del incitante espectáculo de tan amorosos abrazos?

PEDRO.—Con que decis que el jóven Ernesto...? Ya, ya nos veremos con el buen amiguito...Por ahora importa otra cosa y,..permitidme antes, señor La Plantilla, tenga el gusto de presentaros á mi hijo (*tomando por la mano ă Laurenti y presentāndolo.*)

DIEGO.—(*Haciendo una reverencia.*) Grancias, señor D. Pedro, gracias!

AURORA.—(*Tomàndo ă su vez por la mano á Laurenti.*] Y yo, el gusto de presentaros á mi hermano.

DIEGO---[*Echando dos pasos hăcia atrás.*) Como, como es eso? Encuentro verosimil que quien và ā ser suegro pueda anticipar el tratamiento de hijo à quien esté próximo ă ser su yerno; pero que una novia con la lazada ya casi al cuello, trate á su novio de hermano, no lo resuelvo sino admitiendo la presuncion de que ambos sean miembros de alguna sociedad privada de nueva creacion.

PEDRO.—Pues señor D. Diego, os recomiendo resolvais lo que habeis oido, de una manera mas directa: es mi hijo, el hijo de mis entrañas.

LAURENTI.—Es mi padre.

AURORA.—Creereis, ahora, que sea mi hermano?

DIEGO.---Con tales afirmativas...!Pero me asiste otra duda: el señor D. Pedro es Cavot, y este caballero es Laurenti......?

PEDRO.—Veo que sois demasiado curioso â la vez que neglijente para tomaros el trabajo de interpretar algo.

DIEGO.—Ah, entiendo! Son hermanos de......?

PEDRO.—De padre, señor, de Padre!

DIEGO.—Y lleva el apellido de la madre?...pues iba á suponerme fueran hermanos de leche. En fin, veo ya claro que no habrá matrimonio; pero en reemplazo un miembro mas ingresará en la familia, y... lo que es para mi, el resultado es el mismo: tan amigo he de ser del señor Larrenti hermano de la señora Aurora, como lo hubiera sido del señor Laurenti esposo de ella.

LAURENTI.--Ahora, querida hermana, permìteme te interrogue en solo un punto; ¿la nueva situacion producida por el repentino suceso que ha venido á interrumpir el ejercicio de aquellas ideas con que ambos hayamos ocupado mas nuestra intelijencia, dará lugar en tu corazon, al puro afecto que como hermano, te pide el que hubo de ser tu esposo?

CAROLINA·--Ah, Teodoro, hermano mio; quisiera poseer en este momento una palabra tan pura y persuasiva, como es dulce y pura la alegria de que me siento embargada. No tendré ya un esposo que hubiera cubierto con tiempo la soledad y aislamiento en que puede de un momento para otro dejarme mi padre con su muerte: no satisfarè el orgullo de haber hecho la felicidad de una criatura hastiada de la vida, que promoviendo con su melancolia mi interes, supo tambien abrir nuevas fuentes à mi amor; pero tendré un hermano! de cuya falta me apercibí tantas veces en mi niñez.........! Un hermano! que va á honrarme por su talento y discrecion.

LAUUENTI.---Hermana mia! (*abrazándola.*)

PEDRO.---Hija de mi alma! (*Idem.*)

AURORA.—(*En aire de triunfo.*) Que decis á esto, señor filŏsofo? ¿No os parece que soy envidiablemente dichosa?

DIEGO.---Y toma si lo sois......Pero entre el placer que os prometo vuestra dicha, y el que yo disfruto al admiraros dichosa, encuentro que no cabe diferencia alguna;y por conconsiguiente para mi es lo mismo.

PEDRO.---Al salon hija mia!

AURORA.—Si, si; al salon!

(*Laurenti y Aurora tomados de la mano marchan hacia el interior colocados al centro. D. Diego y D. Pedro à los cóstrdos.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala dispuesta con menaje diztinto del de los otros dos actos: hacia el fondo un escritorio al que aparece sentado D. Diego; al centro se hallan sentadas Aurora y Carolina. Puertas ă derecha é izquierda.

ESCENA I.

CAROLINA.—Lo repito, querida amiga, habeis estado admirable; y me hallo segura de que las personas que constituian la reunion, se convertirān en otros tantos écos que jeneralicen en Buenos Aires, la fama de los sentimientos que habeis puesto en trasparencia.—Ahora, en cuanto á vuestro hermano ¿qué habrā que nos sorprenda?: su apostura, sus maneras cultas, estan siempre á la altura de su delicada dialěctica; y á fè que por esta vez el asunto no ha podido ser mas apropósito para que luzca su talento.

DIEGO.---(*Que sigue escribiendo.*) Si, si; cuatro lechoncitos y otros tantos pavos—Conservas, de toda especie. Vinos ahora: Burdeos—Champaña—del Rin—San Vicente—Nisa—Oporto y Gerez.

AURORA.—(*Que ha estado conversando por lo bajo.*) Mucho desee que Ernesto no nos faltara en aquellos momentos; pero apenas llegado, y en traje de viaje......

CAROLINA.—Y à propòsito querida amiga, ¿qué es de ese jóven? Estoy en que hasta ahora nadie le ha visto todavia?

DIEGO.—[Dos jamones de Wesfalia......En cuanto á

quesos, empezaré por los de Tafí para acabar por los de Flandes......Me enloquece el sabor picante de estos últimos. Ah, la sopa: este preámbulo de todas las mesas, que se prepare de varias clases. Deben tambien presentarse algunas fuentes de perdices á la minuta ..... Y lo marcaré: (*Escribe*) Café de catalanes.—Yo pondria tambien, lo que es consultando mi paladar, una buena hoya podrida; pero tropiezo con dos resistencias; por una parte, la crítica que sobrevendria á la aparicion de un plato tan gallego en una mesa de lujo; por otra, lo poco bien que le cuadraría ä un filófosó estar eruptándo los olores de una longaniza de Estremadura.—Asados, ya estan: estofados, idem:—pescados, ya, ya: frutas y dulces, tambien.--Té, Café, Coñac y habanos...... (*Alzando la voz*) OOh!.........y me olvidaba de lo mas interesante.........! Un pastel de Strasburgo!

AURORA.—Un pastel de Strasburgo? y de donde le sacareis?

DIEGO.—De un almacen de españoles situado en la calle de la Defensa.

CAROLINA.—La hora adelanta, Plantilla, y es preciso no desaprovechar el tiempo

AURORA.—Pues que, os vais?

CAROLINA.—Pero á volver: olvidais que me habeis encomendado procure sustituir el tocado que debió serviros como á novia, por otro con que debais presentaros en el festejo que á vuestro hermano preparais?

DIEGO.—(*Bajando ă la escena con la lista en la mano.*) Igual interrogacion debo haceros: olvidais soy el encargado de preparar el banquete y que no debo fiar á cualquiera...? Ahora mismo voy á entenderme con los directores de los mejores hoteles.

CAROLINA.—Pero tu estarás rendido, y cuentas con tiempo á descansar un rato.......

DIEGO.---No, no; saldremos juntos: mi quehacer no me impide que te acompañe. Descansaré á mi regreso, porque en verdad, no dejo de sentirme algo rendido.—Suponeos que he recorrido toda la ciudad en procura de vuestro nuevo huéped; y cuando ya desesperaba del exito de mi comision, ocŭrreme bajar hasta el muelle inspirado por una antojadiza figuracion; y no bien enfrento á la Capitanía, cuando casi tropiezo con otro coche por cuya mal ajustada portezuela venian escapándose algunos libros: grito al cochero y no me oye; el mio entiende que es á él á quien digo se detenga, y se detiene: aprovecho el momento, me bajo, corro como un corzo hacia el otro carruaje, y consigo que el conductor detenga sus caballos...... Pero cuanta fuë mi sorpresa cuando en uno de los libros abiertos en el suelo, por el lado de la carátula, hallo ser aquel el segundo tomo de la obra que se os ha dedicado!—Salvo el estribo, y me coloco al lado de un gallardo jôven que contesta á mi pregunta afirmando ser el mismo Ernesto, quien en procura de su equipaje cambiado abordo con el del capitan del buque en que se ha transportado desde Montevideo, habia tenido que volver á valizas.

CAROLINA.—Y por supuesto, que sin sospechar tú que mientras de aqui faltabas, tenia lugar un nuevo acontecimiento, le habrás informado...?

DIEGO.—Absolutamente de nada: hice trasladar los libros al coche de nuestra amiga, y continuamos la marcha, contraido por mi parte á los cumplidos del caso.—Informarle de un casamineto que presenciado por él propio no podrá menos de producirle mayor sorpresa?...... ¡Pues bueno soy yo para escusarle á nadie conmovedoras impresiones!

AURORA.—Y que efecto os parece le producirá por ahora, la circunstancia de hallarme abrazando un hermano, en el hombre que ha estado á punto de ser mi esposo?

DIEGO.---Oh, un efecto verdaderamente dramático!

AURORA.—Y por qué?

DIEGO.---Porque eso le hará entender no sois partidaria de la viudedad, y al ver el campo despejado, acariciarà sus pretensiones mecidas por un nuevo entusiasmo, y tal vez se declare en campaña.

AURORA.--[*Sonriendo.*] Adelantais demasiado vuestros juicios, señor filósofo.

DIEGO.—Creo que en esto solo adelanto la franqueza...

AURORA.—Por manera que no me retirais vuestro ramo de amapolas?

DIEGO---Tentado estoy de regalaros otro á mi vuelta.

AURORA.---Andad, señor filòsofo, andad. (*Diego y Carolina se van.*)

ESCENA II.

AURORA Y EL CRIADO.

AURORA.---(*Toca la campanilla.*] Dí á mi padre que le espero en mi aposento. (*Vase el criado.*] Si, es prudente prevenirlo. Voy á disponer de recursos absolutamente mios, sé que aprobará mi generosidad; pero asi mismo, tengo en cuenta que es mi padre, y los respectos que se merece, me colocan en el deber de buscar su aprobacion. Demasiado le consta cual es la situacion atrasada en que se halla D. Diego. (*Vase.*)

ESCENA III.

LAURENTI.—[*Sale por la puerta de la izquierda.*] Esta sala es bastante apartada, y que aqui le espero he contestado.—.¿Qué será lo que á ese jóven se le ocurre? Hasta este

momento no se ha visto con Aurora, ni con D. Pedro, segun me informa el mismo sirviente portador del mensaje en que me pide le conceda una entrevista privada......Con què objeto? no lo acierto; allá lo veremos. (*Se sienta.*) Me siento defallecido...Hay en todos mis miembros una flojedad extraordinaria; ya se vé, la lucha ha sido terrible, y en las ardientes batallas del espíritu la materia no es en resultado la mas fuerte. Oh, Cavot! Aurora no exajeraba cuando me decia que eres el mas bueno de los hombres!---Vive feliz, buen anciano, gozándote en la pasion por tu paternidad, mientras en recompensa de tu amor á mi hija y los beneficios que la has dispensado, te consagro la reserva que has conseguído imponerme.

ESCENA IV.

LAURENTI (*Sentado*) LUIS (*por la derecha.*)

LUIS---El ês! (*Despues de entrar y deteniēndose.*

LAURENTI.—Adelante, caballero.

LUIS.---[*Precipităndose ā los piēs de Laurenti.*) Y á vuestros piés, padre mio!

LAURENTI,—A mis piés?... Pues que......Luis!

LUIS---Si padre querido, el mismo; que de aquí no se alzará mientras no consiga vuestro perdon!

LAURENTI.—Mi perdon......de que hayais sido ingrato? ......Pero olvidemos eso, que bien preciso por ahora convencerme de que ni sueño, ni deliro--- [*Examinándolo.*] Con que eres mi hijo? Si, si: aqui, aquí! (*Lo alza y se abrazan.*]

LUIS.--Padre!

LAURENTI---Tambien quiero llorar como tu, hijo mio, ya que torturando el alma dejé de hacerlo hace poco......Ah, si te imajináras todo lo que tengo sufrido en la vida...Si te

supusieras solamente lo que tu desaparicion me ha mortificado...! (*Llora en silencio sobre el hombro de Luis.*) Tu no puedes concebir cuantos años de amargura arrojo desprendidos como la raiz de un cancer en estas lágrimas con que humedezco tu frente.........

LUIS ---Pero basta ya, señor; basta.

LAURENTI.—Si, dices bien......basta ya......[*se enjuta los ojos y vuelve ă su tono.*) Ahora, acerca una silla (*Luis lo hace.*)...Luis, mi querido Luis...! Apenas basto en este momento á contener dentro de mi corazon todo el cŭmulo de la dicha que he obtenido en este dia...! A la terrible pesadumbre que me produjo tu desaparicion, se siguió mi aburrimiento, y puse tĕrmino á todos mis negocios. Necesitaba distraerme: hacer todo aquello que a juicio de mi conciencia no me acusara de neglijente como padre......Resolvì viajar en tu busca, y te he buscado en Lima, y en Chile, y últimamente aquí......(*volviendo à examinarlo.*) Mi buen Luis....! Sabes que por mi solo no te hubiera conocido? Hay tanta diferencia en tí de seis años á esta parte......! Me abandonaste niño, y ahora con esas patillazas......! Pero vamos á esto: por qué has cambiado de nombre?

LUIS.---Porque me parecia ver manchado el que me disteis, y me propuse reconquistarle á fuerza de una conducta honrosa, y á los merecimientos de que gracias al cielo, creo haberme hecho digno.

LAURENTI.--Pero es que tu no dejaste de serlo de mi ni de la sociedad? Todos los periódicos de Bolivia publicaron con pequeñas diferencias de relato el desgraciado suceso que motivô tu fuga del colejio, y todos ellos te hacian la justicia de declararte un exelente jóven.

LUIS.---Vuestras palabras, padre mio, me llenan de satisfaccion y de consuelo, y pues que la historia de mi des.

gracia no puede seros del todo conocida, quiero que la sepais de mis propios labios. Consistió mi mal, en una de esas fatales casualidades cuyo efecto se estereotipa para siempre en la memoria de quien como yo las haya servido de ajente involuntario.—Carlos era el mas bueno, el mejor de mis amigos de colejio; viviamos juntos, participábamos unas mismas ideas, no nos separábamos jamás, y nuestra intimidad se habia hecho trascedental hasta el punto de sucitar celos en muchos de nuestros condiscìpulos.---Jugando un dia dentro de nuestro propio aposento, Carlos echó mano á una escopeta comun á entre ambos: la cebó y la disparó contra mí. Roto el fulminante, le coloqué á mi vez otro, porque yó, asi como Cárlos, creia que el arma homicida estaba descargada: apuntélo al pecho......Hice fuego......y la sangre del desventurado contestó al estampido regando mi rostro!—Frio, atónito, desesperado, huí en el acto arrojando la escopeta... Salvé los patios: busqué la calle medio vestido y sin sombrero, y corri......corrí sin saber adonde! hasta que el cansancio y el trastorno que se habian apoderado de mi me hicieron caer sin sentido.

LAURENTI.—Pero hijo mio ¿para nada tuviste en cuenta á tu cariñoso padre? ¿No recordaste que muerta ya tu madre, me dejabas con tu fuga condenado á la soledad ? ¿Cuaál hecho de mi parte te autorizaba ã temer mi rigor y abandono en semejante caso?

LUIS.—Tuve un miedo horrible, padre mio; miedo que me hacia temer de todo...! Y cuando el miedo se apodera de una criatura , suele subseguirse en ella el coraje de la desesperacion, y ésta no medita: huyendo de lo que se teme, sobra resolucion para afrontar todos los peligros que se atraviesan delante; por lo menos, esto fué lo que me sucedió entonces. La sangre de Cárlos secaba mis mejillas, su ¡ai !

postrero sonaba sin cesar en mis oidos:.........Se me figuraba veros con semblante airado levantar la mano para maldecirme......! Y aquella noche soñé con jueces, cadenas y cadalsos!

LAURENTI.—Y al despertar en el siguiente dia?......

LUIS.—Encontréme á la costa de un camino montuoso; calculé que me hallaba como á tres leguas de la ciudad; tomé la senda y caminĕ sin descanso hasta la caida del sol.

LAURENTI.—Y sin comer?

LUIS.—Tenia fiebre, y la agua me bastaba.--Unos fuegos que distinguì á lo lejos me hicieron suponer una pascana: apresurē el paso y me hallē luego entre un grupo de arrieros arjentinos que habian realizado su negocio y se regresaban á su patria---El jòven dueño de la arria me ofreció su alojamiento que acepté, no separándome ya de él hasta el dia que obtuve mi primera colocacion en una imprenta de Salta.

LAURENTI.---Y como disculpaste tu repentina aparicion entre aquellos hombres á pié, solo y sin recursos de ningun jénero?

LUIS---Supuse que nuestra familia, trasladándose de la Paz á Santa Cruz, habia sido asesinada en el camino por una gavilla de salteadores, á cuyo furor fuí el ünico que escapara, favorecido de la oscuridad de la noche.—Esta invencion, aunque mal sostenida, me sirvió por lo pronto á eximirme de mayores averiguaciones; pero muy luego me fué necesario hacer conocer toda la verdad á mi jóven protector, cuya jenerosidad nunca olvidaré, y de quien la amistad, aunque á la distancia, frecuento hasta el presente. Ese jòven me proporcionó los recursos con que me trasladé à Montevideo.

LAURENTI.—Ya le retribuiremos con usura el servicio

LUIS.---Lo demās, debeis ya saberlo, supuesto que la casa de mi protector, será la vuestra dentro de pocas horas.

LAURENTI,—Aludes acaso ?......

LUIS---Al acontecimiento que está para verificarse. Apenas ponía el pié dentro del cuarto que se me tenía destinado, cuando ya oì nombraros con aplauso de varios sirvientes que hacian corrillo bajo la inmediata galeria.—"El novio es muy generoso, decian algunos,—nos ha hecho muy buenos regalos."—Y como se llama? interrogô alguno que sin duda no es de la casa.—D. "Teodoro Laurenti, caballero hace muy poco llegado al paìs".—¿ A qué pintaros mi sorpresa, ni el cúmulo de alarmantes ideas que se cruzaron en ese instante por mi imaginacion?—La curiosidad me indujo à llamar uno de aquellos sirvientes, y luego de instruido de cuanto ocurria, la prudencia me aconsejó veros antes que á nadie, sin esperar á esponerme en presencia de otros.

LAURENTI.—Todo viene sucediendo, hijo mio, como preparado por la Providencia: de otro modo no hubiera sido posible que tan luego como resultó irrealizable mi enlace con Aurora, te presentáras tu para completar mi felicidad.

LUIS.--Pues que, señor, vuestro matrimonio......?

LAURENTI--Ya no se efectúa.

LUIS.---[*Sorprendido y gozoso.*] Es posible...? Entònces Aurora......Ah, permitidme pasar á saludarla, y abrazar á D. Pedro......Este anciano me estima tanto...! Si, seguro estoy que se interesará por mí.

LAURENTI.—Interesarse...? En que cosa, Luis, que si es para tu bien no pueda yo hacerlo?

LUIS.---Asi es, señor; pero la repentina esperanza que vuestra declaracion me sujiere, embarga mis facultades de tal manera, que ya olvidaba que vos......Vos mejor que nadie puede en este caso servir á mis aspiraciones; y ya que no os casais......

LAURENTI.--Quē ?—Habla con franqueza.

LUIS.---Pues......quiero que vos os espliqueis por mi, porqué......padre mio, es una pasion que me trae loco!...... Como que es la primera de mi vida.—Hasta conocer á Aurora yo no habia pensado mas que en vos y mis libros: desde que la conocí, preocupo mi pensamiento de las tres cosas; ella, vos y mis libros.

LAURENTI.—(*Con gran movimiento de sorpresa.*) Calla! calla Luis; y no adelantes por Dios tus declaraciones! Sabes á donde vas á parar......?

LUIS.—(*Con entusiasmo.*) Y toma si lo sē!—Si Aurora fuera mi esposa, seria el mas feliz de los hombres. Vos mismo sois garante de ello: repeto vuestra reserva en cuanto á las razones que hayan promediado para dejar sin efecto vuestro proyectado enlace; pero en la que debió ser la nueva compañera de vuestra vida, no habeis podido comprender otra cosa que una mujer tan cumplida como mi madre; y ya que os quedais sin ella ¿para quién mejor que para mi podeis desearla?

LAURENTI.---(*Con aspereza.*) Repito, Luis, que te calles: la satisfaccion de tu deseo es irrealizable...! Toca en un imposible!

LUIS—[*Resignado y con dolor*] Està bien, señor, callaré: no daré un paso mas en favor de mi propōsito: tratarē de disimular mi pasion condenāndola al silencio......hasta el dia en que sin fuerza para comprimirla, estalle mi corazon en mil pedazos. Algun castigo merecia el hijo rebelde, y ya veo me espera el de la muerte á pausas al fuego de mi desventurado amor!

LAURENTI.—(*Tomándolo por el brazo.*) Pero que, ¿no me entiendes? No te apercibes de que en este caso mi resistencia no es mas que la muda espresion de algun tre-

mendo imposible? ¿El horror que tu propósito me inspira no es bastante á persuadirte que su realizacion envolveria una monstruosidad?—Mira!: [*Saca un libro de uno de sus bolsillos*] conoces esta obra?

LUIS.—[*Reconociendo el libro.*] Pero como no, señor?!

LAURENTI.—(*Profundamente ajitado.*) Sabes quien era tu Macias?......Yo, Laurenti!

LUIS.---(*Cubriéndose los ojos.*) Gran Dios!

LAURENTI.—Sabes que fué de la hija de tu supuesta Elisa, que en verdad se llamó Amelia?......

LUIS.---[*Sorprendido.*] En los datos que se me proporcionaron no aparece ella jamás; pero en mi segundo tomo yo la restituyo á la vida.......

LAURENTI.---Y vive......! Y la conoces......!

LUIS---Yo?

LAURENTI.---Es Aurora!!

LUIS.---Dios eterno! Luego es mi hermana?

LAURENTI.—Si, hijo mio; tu hermana!

LUIS--.Y ella sabe .....?

LAURENTI.—Vivirá hasta su muerte en la creencia de que soy su hermano: asi lo hemos arreglado con D. Pedro, que desde hoy pasará por mi padre.

LUIS.—Pero yo, para con ella......?

LAURENTI.—Claro es que tienes que suponerte su sobrino desde que no estoy resuelto á ocultar que eres mi hijo.

LUIS.—Y que es lo que ha podido comprometeros á tanta reserva para con ella...? A tan duro sacrificio......?

LAURENTI.---La piedad y el agradecimiento. A quien debe mi querida Aurora todo cuanto es y vale? Luis, Luis! no se trasplantaria con buen exito el roble envejecido en las selvas, porque su vida está allí donde se entrañaron las raices......¿Ni con què derecho se le privará del goce de los

frutos al cultivador asiduo de un campo que se halló abandonado?---El afecto entre esa niña y ese hombre está encadenado en sus corazones, como lo esta el pié del arbol á la tierra en que nace; y yo no debo hacer lucir mis títulos de padre, como la luz del rayo conque á veces la tempestad hace arder los bosqoes.

LUIS.—Es verdad, padre mio!

LAURENTI.---(*Reparando hacia la derecha.*) Silencio! Aurora y D. Pedro se acercan.

ESCENA V.

LAURENTI, LUIS, D. PEDRO, AURORA.

PEDRO.—Hola, ola; al fin os hallamos! (*A Luis dandole la mano.*)

LUIS.—[*Saludando*] Señor Don Pedro... Hermosa Aurora...!

AURORA.—[*Dándole la mano.*] Que tal, señor Ernesto...? Mucho os habeis hecho desear á vuestra llegada!

LUIS.—Inconvenientes del momento.........

PEDRO.---Por mi parte estais disculpado...

AURORA.—Mi observacion no importa un reproche: quien no desea tener á la vista lo mas pronto posible, la presencia de los amigos esperados?

LAURENTI.---Creo ya satisfechos vuestros cumplidos? Ahora, permitidme llenar los mios: querido padre, Aurora,.. tengo el gusto de presentaros á mi hijo.

PEDRO.--
AURORA.-- } (*Asombrados*) Tu hijo?.........

LAURENTI.---Si, mi Luis; por quien tantas veces he suspirado á tu presencia.

AURORA.---Pero como es que él y tu......?

LAURENTI.---Ya te lo esplicaremos todo mas despacio.

Bástete por ahora saber que es tan digno de mi, como ha sabido hacerse digno de todo el mundo segun tu propio testimonio.

AURORA.—(*Satisfecha*). Es decir que tengo en el autor Ernesto, un sobrino que me favorece?

PEDRO—(*A Laurenti hablàndole bajo y como con temor*) (Y nos podremos fiar?)...

LURENTI —(Es verdaderamente mi hijo, y todo está arreglado.)

PEDRO.—(*Riendo.*) Con que tengo un nieto...? y en quien me lo deparaba Dios...! en el mozo mas guapo y simpático que he conocido en mi vida.—Ven á mis brazos [*Lo abraza.*] Otra vez, niño!

AURORA.—Y la tia no tiene derecho...?

LAURENTI.—Como no?... Anda, Luis!

PEDRO.—Anda, anda; chico! (*Sigue riendo.*)

LUIS.—Tia mia! [*La abraza con efusion aunque receloso.*)

ESCENA VI.

LAURENTI, LUIS, D. PEDRO, AURORA, DIEGO, CAROLINA

DIEGO.—(*Riendo.*) Lo mismo, absolutamente lo mismo que hacia yo con Carolina á estas propias horas, dos meses despues de restablecido de la fractura que me importó su primer abrazo—Veo que la recepcion no puede seros mas fovorable, señor mio?......

LUIS.—Es verdad.

AURORA.—Carolina, amiga mia, este es el jǒven Ernesto á quien solo conoceis de nombre, y me es grato presentárosle como un sobrino.

DIEGO.—
CAROLINA } (*Sorprendidos.*) Un sobrino vuestro?

LAURENTI.—Si, un hijo mio.

PEDRO.—Si, un nieto mio.

DIEGO.—Pero esto es admirable!: el señor Cavot tiene un hijo que se apellida Laurenti, y el señor Laurenti tiene otro hijo que firma su nombre por entero—Ernesto Ernesto?..

LAURENTI.—Señor Plantilla, en cuanto á mi, recordad que ya se os han dado algunas esplicaciones.

LUIS.—Y por lo que respecta a la escusacion de mi verdadero nombre, no tengo inconveniente en declararos que, habiendome firmado desde mis primeros ensayos literarios con el que hoy llevan mis escritos al pié, no he tenido dificultad para aceptarlo en pŭblico como propio.

CAROLINA.—[*Conversando con Aurora.*) Y como es que este jóven viajaba...

PEDRO.—(*Colocăndose en medio de ellas y apresurăndose ă contestar.*) Con anuencia mia.—Su padre me le envió de Bolivia hacen ya algunos años; y conviniendo ă mis intereses educarlo á la distancia......

LUIS.—(*Aparte*) Vaya una salida!

AURORA.—(*Curiosa; á Laurenti.*) (Hay en esto verdad?]

LAURENTI —(Nó; es un recurso del momento improvisado por mi padre.)

CAROLINA.—(*A D. Pedro con quien ha seguido conversando despacio, le dice en voz alta.*] Y como es que viviendo juntos, Aurora ha ignorado el verdadero nombre de vuestro nieto...? porque alli, en la vida íntima, parece natural que declarara el propio.

PEDRO.—Aurora lo ha ignorado, porque influí sobre Luis para que esto sucediera. Yo esperaba à Teodoro, y... queria producir á mi hija esta sorpresa de que ahora sois partícipes. (Jesus, que mujer tan curiosa!)

CAROLINA.—Y durante seis meses que hace llegó este señor...?

AURORA.—(*A Laurenti*) (Mucho lo apura; voy á auxiliarle) Tan neglijente he sido, (*Interponièndose entre Carolina y D. Pedro*) que casi à la víspera de la que hubo de ser mi boda, le hice saber la existencia de Teodoro en Bunos Aires.

LAURENTI —[*Aparte.*] Y ella tambien contribuye á la elaboracion de este enredo en el que es la mas engañada!)

AURORA.—Vengamos á otra cosa: ¿cómo os ha ido de comision, señor D. Diego?

DIEGO.—Perfectamente: empezarān á trabajar desde ahora los dos primeros culinarios que tiene Buenos Aires.

AURORA.—Y á vos amiga mia? [*A Carolina.*)

DIEGO.—Oh, lo que es á ella, mejor que á mi; pues teniendo la prerogatìva del triunfo en todas nuestras cuestiones, ha salido con la suya haciéndome agregar á la lista de los postres unas cuantas barras de turron de Alicante.

AURORA.—(*Riendo.*) Es un antojo como otro cualquiera.

DIEGO.—Al que en verdad accedì atentas las consideraciones de comun observadas en su estado...... caprichoso.

AURORA.—Y porqué escusais la frase de órden, no diciendo en su estado interesante?—¿Con què turron de Alicante, mi buena Carolina? (*Riendo.*)

DIEGO.—Eso le decia yo: ¿con qué turron de Alicante?... Como si vuestro banquete fuese dado para descompajinar los dientes de alguna señora mayor?...

LAURENTI.—Con que insistis en que mañana?...

AURORA.—Si, mi querido Teodoro; tendremos un almuerzo de cuarenta cubiertos: quiero que mis principales relaciones deduzcan, por la alegría de mi mesa, la que se ha posesionado de mi corazon: quiero que tambien se entienda que si entierro con esta manifestacisn, las satisfacciones que me prometia de un nuevo enlacc, sé tambie n hacerme superior á ciertas vanidades que obran contra la

justicia, la razon y la naturaleza. Teodoro Laurenti no cupo en las entrañas de la madre que me dió al mundo; pero lleva en sus venas sangre de mi propia sangre, y rindo homenaje á Dios reconociéndolo digno de mi como hermano.

LAURENTI.—Gracias, mi querida Aurora; gracias!

PEDRO.—Bien, hija mia, bien!

AURORA.—(*A D. Diego: acentuando la frase*] Señor filósofo, me revelareis ahora del caso de tener que agradeceros un segundo ramo de amapolas?

DIEGO.—A trueque de que me permitais os regale otro que solo contenga aquella flor que significa olvido.

AURORA.—Y por qué?

DIEGO.—Preguntadselo al jóven Ernesto [ó Laurenti.) que para mi es lo mismo.

LUIS.—A mi?—Ignoro á qué os referis.

DIEGO.—Pues lo diré: me refiero á la falta en que ha incurrido la amable Aurora, olvidándose de que tambien sois muy acreedor á las atenciones que se merece su flamante hermano.

AURORA.—Pues mal haceis en deducir de mi reserva, que haya podido caer en desatencion ú olvido respecto de mi sobrino; porque ni aun de vos, con quien mas adelante estaré vinculada con la misma fuerza del parentezco......

DIEGO.—Parentezco conmigo? (*Sorprendido.*)......Pues que, tambien habrà conocido el Sr. D. Pedro á la mujer de mi padre?

PEDRO.—Conozco un sagrado sacramento por el cual se aproximan entre si los cristianos, tanto como por las ramas de familia.

AURORA.—Y en prueba de haberos tenido mas presen-

te de lo que hubierais podido imajinar, tomad esto. [*Le pasa una cartera.*)

DIEGO.—Esto...? Y que esto?

AURORA.—Letras por valor de cuatro mil fuertes.—Lo que os sobre, despues de hecho el ajuar con que llevaremos al bautizo, la criatura que influye en los antojos de turron que siente Carolina; podeis destinarlo á la compra de algun ganado.

PEDRO.—Que á nombre de esa criatura, colocareis en los campos que habrĕ de proporcionaros como buen compadre.

DIEGO.—Es decir que los dos......

AURORA.—Seremos los padrinos: empezando por fomentaros, celebramos el hallazgo de mi sobrino.

LAURENTI.—Oh, Aurora, Aurora!...Eres un ánjel !

LUIS.—Gracias, mi amable tia !

DIEGO.—Se me ocurre una duda, generosìsima amiga: y si la criatura se malograse......?

AURORA.—Esperaremos otra.

DIEGO.—Y si Carolina dejase de tener otra, y no le asistiera por consiguiente el antojo de turron, ó á pesar del antojo de turron, la otra criatura tambien se malograse?

PEDRO.—La plata siempre será vuestra.

DIEGO.—(*Abraza ă entrambos gozoso.*) Gracias, querido compadre...! Gracias, querida comadre!

AURORA.—Mucho anticipais el tratamiento!

[illegible].—Emplearlo ahora,—ó emplearlo despues,—si [illegible] de emplearlo, emplearlo desde ya para mi es lo [illegible].

AURORA.—Ahora, querido sobrino, venga otro abrazo: con esto quiero manifestarte mi reconocimíento por la dedicatoria con que me favoreces en tu reciente obra.—No

faltarà quien diga que mejor lo hubiera acreditado presentándote algunos brillantes de buen precio; pero tu eres de un alma à temple de los mas bellos sentimientos, y habrás de estimar en lo que vale el abrazo de una mujer agradecida.

LUIS—[*Conmovido de pasion.*) Ah, si, si; este abrazo me vale la gloria, si la gloria es la coronacion de las ambiciones del mortal.--Ahora padre mio, os pido un favor.

LAURENTI.— El que gustes, mi Luis.

LUIS.—Pues bien, señor; yo necesito distraerme...! Nesito aprender... y quiero viajar...! Quiero ir á Eurupá!

LAURENTI.—E iras muy luego, hijo mio!

PEDRO.—Y á que viene esta repentina ocurrencia?

LUIS.—Señor, si hay deber en respetar el secreto de los otros, este deber es mas poderoso cuando queremos que se respeten los propios.

AURORA.—Aplaudo tu deseo de viajar, querido sobrino; pero no aceptaré la realizacion de tu viaje sino despues de algunos dias.---Quiero que conozcas á las porteñas...... Son tan graciosas......! Son tan elegantes, espirituales y embusteras......! (*Sonriendo.*)

DIEGO—Gracias por mis paisanas, querida comadre!

AURORA.(*Con gravedad.*) Dichoso dia para mi este que empezó por los preparativos de un matrimonio, y acaba por la realizacion de una familia. (*Suena una fuerte campanada en lo interior*)

LAURENTI.—(*Viendo su reloj.*) La seis y media.

AURORO.—T*ira el cordon de la pared, suena la campanilla, aparece el criado.*] La comida.

PEDRO.—Santa palabra! (*Mientras D. Luis y D. Diego sostienen el dialogo, Aurora--Carolina—Laurenti y D. Pedro conversan por lo bajo.*)

DIEGO.---Conque señor Ernesto—ŏ Laurenti— que como

he dicho, para mi es lo mismo: ¿no os dignareis leernos al tĕrmino de la mesa algunos capítulos del segundo tomo de vuestra obrita?

LUIS—Con mucho gusto.

DIEGO.—Estoy deseosísimo de saber qué fué de la niña.

LUIS.—La niña parece al fin, llega á mujer, halla á su padre, se luce en el mundo, es feliz...... y motiva sin saberlo la ausencia de un desdichado que la adoraba, y halla al cabo indispensable solo quererla como hermana.

PEDRO.—A comer pues, á comer! [*En este momento suena en lo interior uu golpe de orquesta seguido del canto entre muchas voces de alguna cancion popular.*]

LAURENTI.—(*Oyendo la mùsica*) Hola!
AURORA —(*Idem.*))Que esto.)
CAROLINA.—(*Como sorprendida.*] Mũsica a esta hora ?
{ *Los tres á un tiempo.*

DIEGO.—(*Riendo.*) Si, si; música con canto. He tenido la humorada de traer una compañia de zarzuela para que os haga víspera en la comida de hoy, por la comida de mañana.

(*Los seis interlocutores, colocados en lìnea frente al pũblico, se retiran al fondo cometiendo uniformemente una cortesìa; aun despues de caido el telon el canto sigue hasta concluir la estrofa con que se haya empezado*)

FIN.

FE DE ERRATAS.

Acto primero.

Pájina 6.—línea 26, dice—que el próximo estado
Léase—que en el próximo estado.
Página 9.—línea 20, dice—obtenacion.
Lēase—obstinacion
Página 12 línea 9, dice—quitales
Léase—quilates.
Păgina 16.—línea 2 dice—nuestos.
Léase—nuestros.
Idem. idem. dice—Vedad.
Léase---Verdad.
Página 19 línea 2. dice--circunstancias.
Léase---circunstancia.
Página 20, línea 18, dice---tenemos al jóven.
Léase tenemos entre nosotros al jŏven.

Acto segundo.

Página 23, línea 8, dice:---labado.
Léese---lavado.
Página 28, lía 24, dice---puede.
Léase---pude.
Păgina 29, línea 19, dice---transacion
Léase---transaccion.
Página 32, línea 3, dice---carriño.
Lease---cariño.
Idem. idem. 6, dice---habiaros
Lease-.-hablaros.
Pāgina 36, línea 6, dice---Accĕrcate

Lease---Abrázale.
Página 39, línea 18, dice---prometo.
Lease---promete.
Idm. idm. 20---conconsiguiente
Lease---consiguiente.

ACTO TERCERO.

Página 41, línea 1.ª dice---diztinto,
Lease---distinto.
Idm. idm. 18, dice---Gerez
Lease---Jerez.
Pāgina 24, lìnea 1.ª dice---d
Lease---de.
Página 33, línea 30 dice---casamineto
Lease---casamiento.
Página 45, línea 5, dice---defallecido.
Leasa---desfallecido.
Página 45, línea 31, dice imajináras
Lease----imagináras.
Página 48, línea ŭltima dice---servicoi
Lease---servicio.
Página 49, línea 30, dice--sujiere.
Lease---sugiere.
Página 52, linea 12 dice--.Ola
Lease---hola.